



LA HISTORIA DEL CUERPO HUMANO.

LECCIONES INFANTILES DE FISIOLÓGIA.

II.

LA RAZON DE LA CÁTEDRA; SU INAUGURACION SOLEMNE.

Ya visteis, lectores amados, en el número primero de este tomo de Los Niños; ya visteis cómo Carlitos, vuestro antiguo amigo, el celebrado profesor, va á explicar una nueva ciencia.

Y querreis, ya que estoy encargado por compromiso ineludible, de exponeros los sucesos y explicaciones de la cátedra, saber por qué causa Carlos, mi amigo queridísimo, va á ejercer de nuevo el cargo de profesor. Es natural este deseo, y yo debo procurar satisfacerlo.

Desde que la clase de Geometría terminó, los niños que á ella asis-

tieron se han visto privados de aquellas tardes que sin sentir pasaron en el alegre cenador del jardin de Rafael. Allí éste y Luis, Teodoro, Estéban, Ricardo, allí todos tuvieron ratos de placer, en los que, si útil fué el provecho obtenido, no fué de escasa importancia la alegría y divertimento.

¡Fueron tan gratas aquellas tardes para los jóvenes estudiantes!

Hé aquí por qué todos deseaban con ánsia se repitieran, esperando que una ocasion oportuna se presentára que diera pretexto para plantear la cuestion en el terreno de los hechos.

Y que llegó el pretexto debeis suponer, ya que os he anunciado la importante, la trascendental noticia.

Veamos, queridos niños, veamos

si vosotros y yo llegamos á conocer la razon de la cátedra.

Yo la conozco ya; me la ha indicado mi amigo Cárlos, el que ha de ser muy pronto profesor de fisiología.

—¡El motivo! ¡El motivo!

—Esta exclamacion me indica vuestra impaciencia: no es posible con vosotros dilatar las cosas lo más mínimo.

Voy á complaceros; no quiero que me hagais una segunda advertencia.

Pues habeis de saber, y va de cuento, que hace várias tardes, Cárlos y Rafael se paseaban reunidos por el jardin de este último. Conversando amistosamente se encontraban, cuando Luis, el estudiante aquel de geometría, llegó corriendo hácia ellos uniéndoseles alegremente.

No hay que decir, queridos niños, que los tres amigos continuaron paseando, por más que no durára mucho la alegría que experimentaban.

Luis se sentia enfermo: sufría terribles dolores de estómago.

Ante la enfermedad de su amigo, Cárlos y Rafael se dirigieron á la casa, á fin de proporcionar algun alivio á Luis.

—Sufro mucho, decia éste; quisiera conocer mi cuerpo para saber qué me duele.

—Es muy fácil eso, dijo Rafael; estudia fisiología y te conocerás perfectamente.

—¿Es posible?

—Seguramente, que lo diga Cárlos.

—Efectivamente, así es: la fisio-

logía es la ciencia que enseña á conocer el cuerpo humano.

—¡Si yo pudiera aprenderla!

—Yo tambien lo deseo, dijo Rafael. Cárlos podria enseñárnosla; él la conoce perfectamente, se la ha enseñado D. Ruperto, el médico.

—¿Quieres enseñárnosla, Cárlos? interrumpió Luis.

—Sí querrá, dijo Rafael; ¿no es verdad?

—Verémos, respondió el singular é inteligente niño, verémos si puede ser; pero ¿y tu dolor, Luis?

—Se me ha aliviado algun tanto, ya no me incomoda.

—Se le ha pasado, seguramente, con la esperanza de aprender fisiología.

—Tal vez sí: ahora no me molesta, preocupándome más la cuestion de mi cuerpo; quisiera conocerme.

—Vamos, Cárlos, dijeron los dos niños, ¿no nos concedes lo que te pedimos?

—No puedo hacerlo sin saber si yo puedo explicar lo que deseais á nuestros amiguitos los antiguos geómetras, á los que sabeis desean con ellos y con vosotros que se repita la cátedra infantil.

—Vamos, dijo Rafael, vamos á ver á papá; ya verás cómo él desea lo mismo que nosotros.

Y despues de esto los tres niños subieron prontamente á la casa, y fueron á encontrar al papá de Rafael.

No tengo para qué deciros que los dos amigos consiguieron su deseo; el buen caballero deseaba, como to-

dos, que Cárlos explicase, tanto más cuanto que pensaba asistir á la cátedra.

Y esta vez existia una gran ventaja para los pequeños estudiantes : el antiguo cenador donde hubo de darse la clase de geometría habia desaparecido, y en el mismo lugar se levantaba un elegante pabellon que quedó designado para cátedra.

Bien pronto se hicieron los preparativos que el suceso requería : esta vez los discípulos habian de ser en mayor número.

Habilitado el local quedó prontamente concluido, y se fijó la inauguracion para el mismo dia de Noche-buena : el papá de Rafael queria solemnizar tan importante acontecimiento.

Llegó, pues, queridos lectores, la Noche-buena, y llegó para los nuevos discípulos de mi querido amigo el profesor infantil, como para el que estaba destinado para cronista de la cátedra y escribe para vosotros estos renglones.

Aquel dia recibí una atenta carta de mi respetable amigo el papá de Rafael : se me invitaba á asistir á la fiesta, pues fiesta habia de ser la que debia celebrarse aquella noche.

La Noche-buena prometia, pues : seguramente los niños y yo ibamos á sacar el vientre de mal año.

Y asistí puntualmente, queridos y pequeños lectores, á aquella singular inauguracion de la cátedra. Teniendo el compromiso de contaros lo que allí sucediera, no podia ser de los últimos.

Casi lo fuí, sin embargo ; cuando llegué ya me habian precedido todos los pequeños geómetras y tres ó cuatro nuevos discípulos que tambien habian sido invitados.

Carlitos faltaba aún, mas debia esperarse su pronta llegada : él era eficaz desde que le conocimos y seguia siéndolo.

Hé aquí que llegó, viniendo á completar los convidados, á lo que nosotros creiamos.

Mi amiguito Cárlos, el papá de Rafael y yo estábamos en íntima reunion algo separados de los niños : éstos conversaban alegremente, sin duda con la esperanza de la deliciosa Noche-buena que les esperaba.

—¿Quién falta? hube de preguntar.

—Don Ruperto, el médico, contestó prontamente mi buen amigo el dueño de la casa.

—¡Don Ruperto!

—Sí, ha sido convidado : á él le debemos la nueva cátedra, puesto que ha enseñado á Carlitos.

Éste se ruborizó y quedó profundamente pensativo : sentia que pudiera aparecer orgulloso de su ciencia ante el cariñoso amigo que habia sido su profesor.

Y era esto para él tanto más importante, cuanto que el buen médico no sabía el motivo de la fiesta á que se le habia invitado.

La cosa, no obstante, no tenía remedio : el mal estaba hecho ; no habia salvacion posible.

Podeis, pues, suponeros cuánta no sería la admiracion del buen Ga-

leno cuando de todo estuvo enterado.

Y el buen señor se alegraba con toda su alma del suceso: amaba á Carlos como á su hijo, y tenía completa confianza en que sabría salir airoso con su empresa.

La fiesta empezó, y los dulces abundaron, y los niños, locos de alegría, pasaron las horas felizmente.

Llegó el momento en que debían ir á la cátedra, y ellos y nosotros, emprendimos todos el camino.

El pabellon estaba completamente iluminado; la sorpresa de los estudiantes al entrar fué inmensa: en medio del bonito pabellon se elevaba un grandioso *árbol de pascua*, brillantemente alumbrado, anteramente cuajado de objetos preciosísimos; era el obsequio que á los convidados ofrecía el dueño de la casa.

Y podeis suponer quién fué el encargado de repartir aquellos preciosos regalos.

¿Lo acertais?

Fué Carlitos, queridos niños.

Y lo llevó á cabo. Para todos hubo preciosos libros de fisiología, lindísimos álbums de historia natural, juguetes, en fin, y elegantes tomos de esta Revista. Y todos los niños obtuvieron una multitud de objetos, que por Carlos les fueron entregados.

Y de ese modo, cuando poco despues terminó la magnífica fiesta, todos los pequeños convidados se retiraron satisfechos, llevando el preci-

so encargo de asistir el dia 2 del próximo Enero á la primera leccion del profesor infantil. Las explicaciones debían darse todas las tardes

Tras los niños salimos D. Ruperto, Carlos y yo, dejando solos á Rafael y á su buen papá, que tan brillantemente habían querido solemnizar el suceso de la cátedra.

Y cuando poco despues el buen médico se separó de mí para irse á su domicilio acompañado de su inteligente discípulo, me dijo estrechándome la mano:

Verá V., querido amigo, cómo Carlitos supera ahora en sus explicaciones las esperanzas de todos.

¿Tendrá razon el buen D. Ruperto?

Vosotros lo veréis, como yo lo veré: la cátedra dirá si así era.

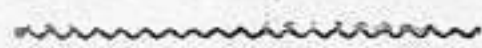
Y pues fijado quedaba el dia en que la clase había de empezar, y esto llegó á efectuarse como se había convenido, no me queda hoy sino indicaros que en el siguiente artículo os presentaré lo que aquel dia aconteció.

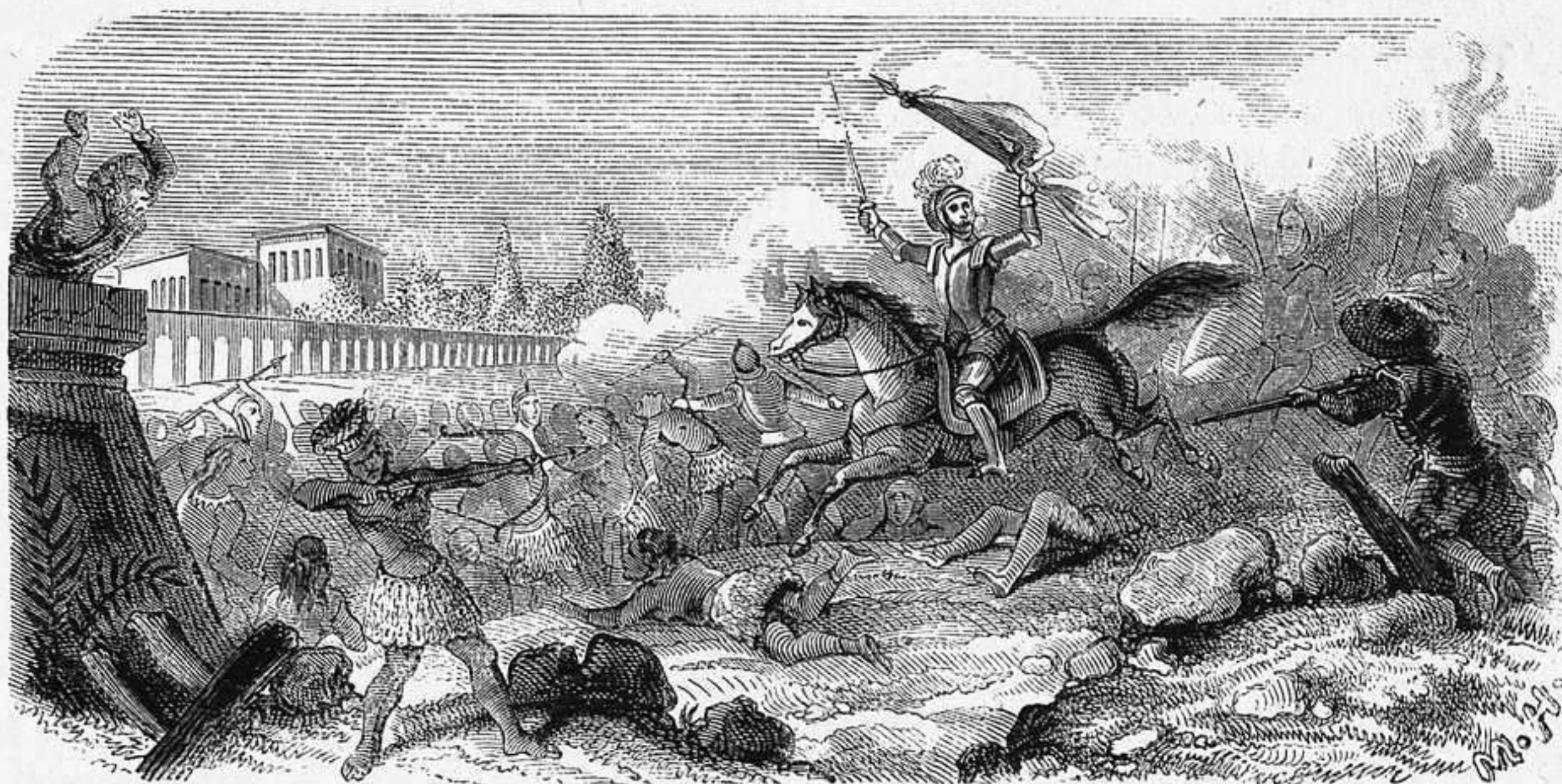
— Pero, me diréis, ¿no teneis un dulce para nosotros de tantos como hubo en la fiesta?

Como sois tantos, queridísimos lectores, no tengo para todos; yo me los comí por vosotros, y puedo aseguraros que eran exquisitos.

Básteos esto, y hasta otro artículo.

E. THUILLIER.





LA BATALLA DE OTUMBA.

La batalla de Otumba constituye uno de los más heroicos hechos realizados por los españoles en el Nuevo Mundo, poco despues de su descubrimiento. La ganó Hernan Cortés en 1520, contra un ejército de doscientos mil indios, debiéndose principalmente tan glorioso resultado á la circunstancia de haber dado muerte los españoles al caudillo enemigo, que llevaba el estandarte del imperio mejicano, lo que introdujo en sus huestes la confusion y el espanto, facilitando el triunfo de nuestros compatriotas. Algunos suponen que Cortés en persona logró derribar de una lanzada al caudillo contrario; pero la exactitud histórica hace que recaiga parte muy principal de aquella honra en el soldado Juan de Salamanca.

Un jóven poeta contemporáneo, el Sr. Cabiedes, traza el hecho en los siguientes enérgicos versos :

..... Cortés sus jefes congrega
Y detras de él á galope
Cuantos le escucharon vuelan.
Lanza en ristre y adelante,
Fuerte brazo, vista ciega,
Comó un huracan de hierro

Al pié de las andas llegan,
Y con el impetu mismo,
Cortés su lanzon estrella,
Y las andas colosales
Al choque se bambolean.
Cuando un alevoso golpe
Hiende su erguida cimera,
Y por un instante puso
La victoria en contingencia.
Mientras los suyos en torno
Los brazos le tienden, mientras
Los vencidos reorganizan
Incansable resistencia,
Noble Juan de Salamanca,
Tú, á la vacilante empresa
La áncora firme arrojaste
En el poder de tu diestra.
El caballo empantanado,
Salta del caballo á tierra,
Calle abriéndose entre lanzas,
Como un tigre entre malezas.
Hiende, derriba, y la espada
Por el estandarte trueca;
Él quedó en su fuerte mano,
Y en el pecho enemigo, ella.
— ¡ Tened, señor ! De rodillas
Á Cortés se lo presenta :

Los dos valientes se abrazan;
 Un genio y un soldado eran.
 —¡Dioses son! Los indios gritan.
 Y como al viento las nieblas,
 La aterrada muchedumbre
 Busca guarida en las peñas.
 Cortés así le responde,
 Mientras las parcas hambrientas
 Sobre el campo se detienen

Rendidas y satisfechas:
 —Tomad, Juan de Salamanca:
 Bien lidiásteis, joya es vuestra,
 Quien tan noble formó el cielo
 Digno es de humana nobleza.
 Para vos y vuestros hijos
 Por timbre os lego la enseña,
 En nombre del Dios que os guarda
 Y del Rey que por mí os premia.

EL REY LEAR.

Habia en Inglaterra, hace ya bastantes siglos, un monarca con más años que discrecion, que fatigado, segun decía, del grave peso de su corona, concibió el proyecto de repartir en vida sus Estados, su autoridad y sus riquezas, entre las tres hijas que tenía, para terminar los dias de su vida ajeno á los cuidados del gobierno en sosegada quietud y seguro del respeto y de la veneracion que, aunque solo fuera por agradecimiento, habian de tributarle aquellas á quienes entregaba sus bienes ántes que la muerte le obligase á abandonarlos.

Fué en vano que sabios y prudentes consejeros tratáran de persuadir al rey Lear de que los padres no deben provocar la codicia de sus hijos anticipándose á los decretos de la Providencia para despojarse de su patrimonio y quedar en su vejez á merced de sus herederos. El Rey se obstinó en su primera resolucion, y con toda pompa y solemnidad convocó un dia á los magnates de su

córte, y ante ellos se presentó acompañado de sus tres hijas, Gonerila, Regana y Cordelia, para hacer públicamente el reparto de sus dominios.

Reunida toda la brillante concurrencia, el rey Lear anunció á sus tres hijas el propósito que tenía, y ántes de señalar á cada una de ellas la parte de sus estados que iba á entregarle en dote, manifestó deseos de saber hasta dónde alcanzaba el cariño y el respeto que profesaban á su padre y bienhechor.

Dirigiéndose á la mayor de ellas, Gonerila, esposa del Duque de Albania, le preguntó:

—Deseo conocer cuál de vosotras tres es la que me tiene más cariño, para que aquélla reciba mayores pruebas de mi benevolencia. ¿Cuánto me quieres tú, Gonerila?

— Señor, contestó la princesa con afectuoso acento, yo os amo más de lo que pudiera expresar la palabra; más que á todo cuanto hay de precioso en el mundo, no ménos que á

la vida, á la belleza, á la virtud y al honor: nunca otro hijo amó más á su padre ni le veneró como yo os amo y venero.

—No lo perderás, hija mia, contestó el Rey conmovido, y la parte que lleves en tu herencia no ha de ser inferior á la de tus hermanas. ¿Qué dice ahora mi segunda hija, mi muy amada Regana, la esposa del Duque de Cornuailles?

—Que tengo un corazón del todo semejante al de mi hermana, y no me considero inferior á ella en el amor que os profeso; ántes debo añadir que yo aborrezco todos los goces más dulces, y cifro toda mi felicidad en el cariño que tengo á V. M.

—Igual parte llevarás á la de tu hermana Gonerila, dijo el Rey, puesto que en nada desmerece del suyo el amor que me profesas. Ahora tú, mi querida Cordelia, que eres toda mi alegría y mi orgullo, áun siendo la más pequeña; tú, cuya mano se disputan el Rey de Francia y el poderoso Duque de Borgoña, ¿qué dirías para obtener un dote más rico que el de tus hermanas?

Cordelia, que era una jóven modesta, incapaz de disimulo, y que no acertaba á decir sino aquello que su corazón sentía, contestó bajando los ojos:

—Tengo la desgracia, señor, de no poder traducir con palabras los afectos de mi alma. Sólo puedo decir que amo á V. M. como es mi deber, ni más ni ménos. Vos me disteis el sér, me habeis educado y colmado de beneficios, y en recompensa yo os

he consagrado los sentimientos que el deber me impone; os obedezco, os honro y os amo.

—¿Cómo! dijo el rey Lear. ¿Es tu corazón el que habla? ¿Eres tan jóven y tan insensible?

—Señor, soy jóven y sincera.

—Pues bien, exclamó enfurecido el anciano monarca, la sinceridad sea tu dote; ni una sola pulgada de terreno tendrás de mi patrimonio, que divido por iguales partes entre tus dos hermanas. Desde este momento dejas de ser mi hija, y te destierro para siempre de mi presencia. Si alguno hay que quiera por esposa á esta mujer insensible, sepa que no lleva en dote más que mi enojo y mi maldición.

El anciano Conde de Kent, uno de los vasallos más leales del Rey de Inglaterra, le interrumpió respetuosamente, pero con franca entereza, para hacerle observar la injusticia de su fallo.

—Señor, le dijo entre otras cosas, para el hombre honrado la franqueza es un deber cuando el vértigo se apodera del soberano; reflexionad que cometeis una injusticia; una voz humilde y modesta no es el eco de un corazón vacío. Si vuestra hija Cordelia no sabe manejar como sus hermanas el lenguaje de la adulación, yo apuesto mi cabeza á que de las tres es la que más os ama y venera.

Más furioso el Rey al ver la entereza con que aquel vasallo leal tomaba la defensa de la pobre Cordelia, advirtiéndole que obraba como un insensato al desheredarla, volvió con-

(*Sigue en la página 42.*)

TIPOS DEL PUEBLO ESPAÑOL.



Fosforero en la rambla de Barcelona.

MÁXIMAS.

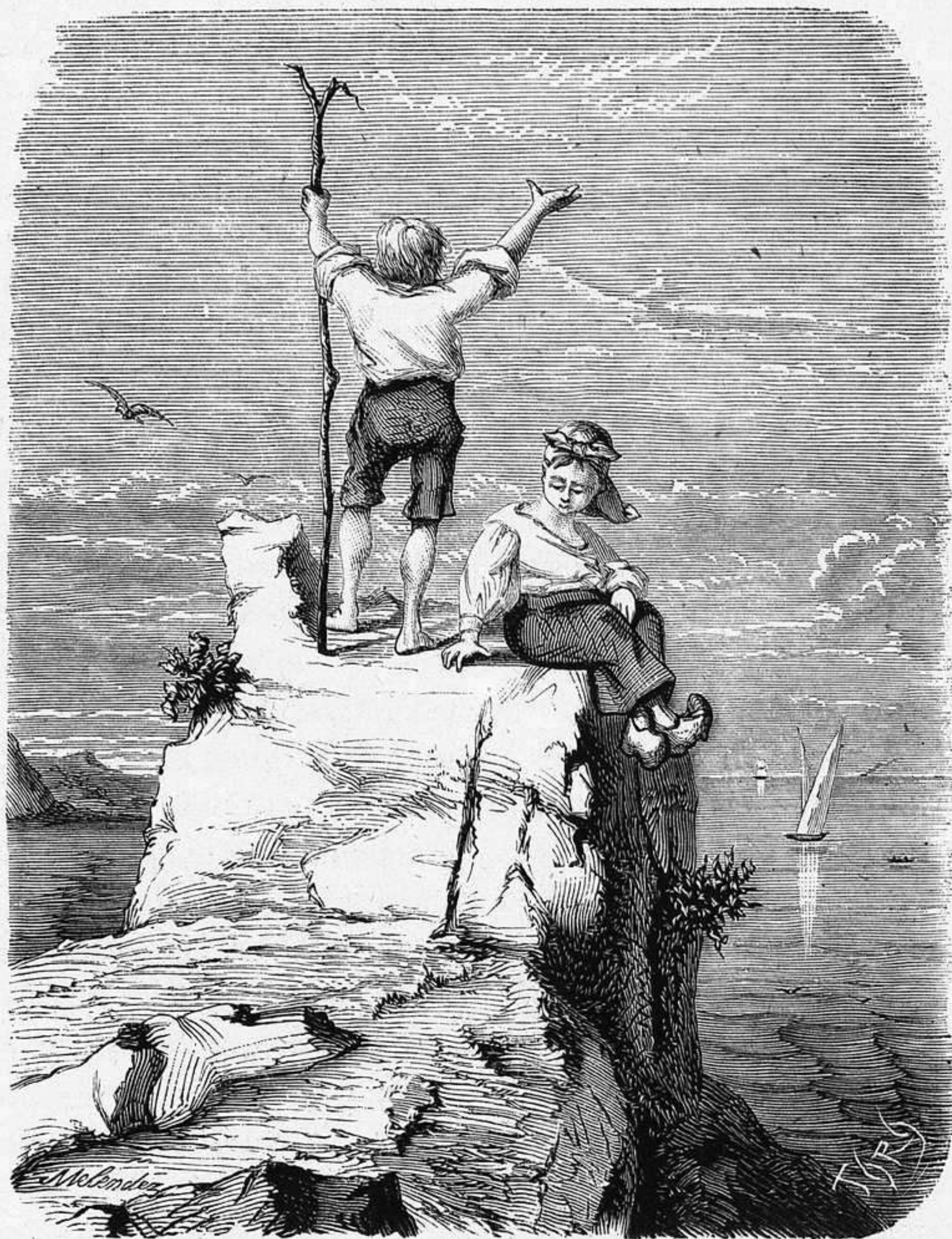
Los aduladores hacen fortuna con los grandes, como los médicos con los aprensivos; éstos pagan por unos males que no tienen, y aquéllos por unas virtudes que debieran tener.—*Montausier.*

Cuando se anuncia un fenómeno cualquiera, que parezca en oposicion con los conocimien-

tos de la ciencia, lo que importa es cerciorarse que es, y no por qué es.—*Ariosto.*

Las bibliotecas son el alimento del alma.—*Los egipcios.*

Cuando se acaba de ganar la partida en una gran cuestion, no se debe arriesgar el perderla en otra insignificante.—*Cormenin.*



Niños de Gijon en el monte de Santa Catalina.

La hipocresía desde los tiempos más remotos tiene establecida su morada en todos los corazones: en todos, con más ó menos fuerza, ejerce su poderío.—*Rodriguez Rubí.*

Las pasiones son para el hombre lo que los vientos para una nave, sin los cuales no se puede navegar.—*Plutarco.*

Los antiguos filósofos tenían buena vista, pero navegan de noche.—*Mestres.*

Vivir aislado es el castigo del que quiere elevarse en demasía.—*Saintine.*

Nuestro corazon, que tan bellas esperanzas

anida en la mañana de la vida, cuando llega la tarde no es más que un campo lleno de sepulcros.—*Arlincourt.*

Es propio de la naturaleza humana el padecer: el Verbo se encarnó en el hombre del dolor para redimirle.—*Chateaubriand.*

Un mal pensamiento es primero un transeunte, despues un huesped, luégo un amo.—*Anónimo.*

La peor enfermedad es la pasion de ánimo: el mejor remedio la fortaleza de espíritu.—*Anónimo.*

tra él el torrente de su indignacion, y en aquel momento lo desterró de su presencia y declaró confiscados todos sus bienes, amenazándole con la muerte si en el término de tres dias no estaba fuera de sus reinos.

En cuanto á la modesta Cordelia, viéndola desheredada y aborrecida de su padre, todos los pretendientes que el dia ántes se disputaban su mano la volvieron la espalda con menosprecio: sólo el Rey de Francia, apreciando en lo que valian sus modestas virtudes, se inclinó ante ella respetuosamente, y la ofreció su trono y su eterno cariño.

—Yo tomo para mí, dijo, el tesoro de virtudes que otros desechan porque no viene acompañado del oropel de las riquezas: su ingenuidad y su sencillez valen á mis ojos más que las extensas comarcas que sus hermanas llevan en dote.

Los dominios del rey Lear quedaron divididos por iguales partes entre sus dos hijas Gonerila y Regana. El anciano monarca partió entre ellas todas sus rentas, y sólo se reservó una guardia de cien caballos para conservar una sombra de su majestad; en adelante debia tener su residencia alternativamente en la corte de cada una de sus hijas, permaneciendo un mes en compañía de cada una de ellas en calidad de huésped con sus cien caballeros.

El primer mes fué á vivir á la corte de Gonerila, pero no habían pasado quince dias cuando ya advirtió que iban disminuyendo los agasajos y el respeto que se le tributaba; que

los sirvientes del palacio descuidaban el servicio de su persona, y en fin, que á sus cien caballeros se les trataba como á huéspedes molestos. Se quejó á su hija, pero ésta le manifestó con afectada frialdad que las cosas no podian seguir como ántes, que los cien caballeros del séquito del Rey se tomaban demasiadas libertades, y que para poner término á tales desórdenes era preciso despedir á la mitad.

El despego y la sequedad de su hija que ya habia dejado á un lado aquel respetuoso acatamiento con que ántes le trataba, y que llegó hasta tomar delante de él cierto aire de superioridad, unido á la extraña exigencia de que despidiera la mitad de su séquito, hicieron montar en cólera al rey Lear. Inmediatamente mandó á sus cien jinetes que ensilláran sus caballos, y sin que Gonerila hiciera nada por desenojarle ni detenerle, partió de su corte renegando de los hijos ingratos que tan fácilmente olvidan los beneficios.

—Pero todavía me queda una hija, exclamó al partir; voy á la corte de mi querida Regana, y cuando sepa la falta de consideracion con que me ha tratado su hermana, ella reprobará su conducta, y con lágrimas de indignacion se lamentará de la humillacion que aquí se me ha querido imponer.

Delante de sí envió á Regana un mensajero con una carta, en que le noticiaba las causas que le obligaban á dejar el palacio de Gonerila; pero ésta al mismo tiempo escribió á su

hermana diciéndole que el carácter del Rey se hacia insufrible, y aconsejándole que no le tolerase el numeroso séquito de que se rodeaba.

Cuando Regana recibió los dos mensajes y se informó de lo que pasaba, se ausentó de su corte acompañada de su esposo, para no encontrarse allí cuando llegara su padre, y se dirigió al castillo de uno de sus más ricos vasallos.

Llegó el Rey á la corte de Regana, y sabiendo que habia marchado para el castillo de Gloucester, allí se dirigió en su busca, no sin extrañar su repentina salida, cuando por el mensaje recibido debia esperar su visita. Lo primero que vió el Rey cuando llegó á la entrada del castillo fué á su mensajero metido en un cepo, y de él supo que por orden de Regana y su esposo sufría aquel duro tratamiento, por haber entablado disputa con el mensajero de Gonerila.

Enojóse el Rey, considerando como ofensa suya la que se habia hecho á su enviado, y quiso ver inmediatamente á su hija y á su yerno, pero le dijeron que estaban descansando y que habian dado orden de que por nada se les molestára.

Solamente al cabo de algunas horas consiguió que le admitiesen en su presencia aquellos ingratos hijos que tanto le debian, y que le hicieron un recibimiento sumamente frio.

Regana reprendió á su padre porque habia abandonado el palacio de Gonerila sin motivo justo de queja, segun decia, y le aconsejó que desan-

dára el camino y fuera á disculparse delante de su hija mayor de la ligereza que habia cometido.

—Ya sabeis, le dijo, que lo tratado es que vivais un mes con cada una de nosotras; así me parece que no debeis venir á mi corte hasta que el primer mes acabe. En cuanto á la exigencia de que despidaís á la mitad de vuestros caballeros, me parece muy moderada por parte de mi hermana; yo sólo os consentiria que tuvieseis á vuestro lado veinte y cinco, y aún creo que son muchos, porque es grande la perturbacion que pueden ocasionar, y para estar bien servido os bastaria con mis criados.

El Rey se quedó asombrado oyendo esto, y entónces se convenció de su grave error, y se acordó de la sencilla Cordelia, que léjos de adularle como sus hermanas, le habia dicho que le amaba como era su deber, ni más ni ménos.

Sin poder contener su cólera el rey Lear, salió del castillo de Gloucester, seguido de sus caballeros. Otra prueba más dura le esperaba. Habia cerrado la noche, y una horrible tempestad se habia desencadenado. Quiso volver al castillo, pero encontró las puertas cerradas; llamó, y le dijeron que habia llegado tambien Gonerila á visitar á su hermana; que á él le abririan la puerta para que se guareciera de la tempestad, pero no á los de su comitiva.

Entónces, rebosando de justa indignacion aquel padre menospreciado, se lanzó en medio de los campos, y sufriendo todos los rigores de la

horrible tormenta que se habia desencadenado, pasó toda la noche corriendo de un lado para otro como un insensato, maldiciendo á las hijas ingratas que con tanta crueldad trataban al autor de sus dias, que de todo se habia despojado por engrandecerlas.

Cuando amaneció, el rey Lear se habia vuelto loco, y corriendo por entre los bosques con la cabeza descubierta y el traje desgarrado por las malezas, le encontró un leal servidor, aquel mismo Conde de Kent á quien habia desterrado y confiscado todos sus bienes porque intercedió en favor de la inocente Cordelia.

Este fiel vasallo recogió al pobre anciano, y sin apartarse de él un instante, le condujo con todo género de miramientos á la córte del Rey de Francia. Cuando Cordelia vió á su padre en tan lastimoso estado, y supo por Kent todo lo que habia ocurrido, su dolor no conoció límites, y con tiernas lágrimas bañó sus manos. Le hizo aposentar en las mejores habitaciones de su palacio; mandó convocar á los médicos más afamados de todo su reino para que procuráran su curacion; al lado de su lecho estaba dia y noche, y le rodeó de la más cariñosa solitud y de las más delicadas atenciones.

Cordelia cumplia lo que habia prometido; desheredada y maldecida por su padre, cumplia con todos los deberes de una hija amante y respetuosa, y dentro de su corazon se

lamentaba de la horrible ingratitude de sus hermanas.

En fuerza de atenciones y cuidados, el rey Lear fué recobrando el juicio y la salud, miéntras su yerno el Rey de Francia reunia un ejército numeroso, y con él desembarcó en Inglaterra, resuelto á castigar la horrible conducta de las dos ingratas princesas, arrancándolas la herencia que en manera alguna merecian.

Poco tiempo duró la guerra, porque la Providencia no puede amparar á los hijos ingratos y desconocidos. Los ejércitos de Gonerila y Regana fueron derrotados en todas partes por el Rey de Francia; aquellas hijas miserables cayeron prisioneras en manos de su cuñado, y el rey Lear, que habia recobrado el juicio, fué restablecido en el trono de que tan neciamente habia abdicado en favor de dos ingratas.

Gonerila y Regana purgaron su horrible ingratitude en un encierro, del cual no volvieron á salir. Cordelia, la hija fiel y cariñosa, heredó los estados de su padre, y tuvo el inefable consuelo de recibir su bendicion cuando el rey Lear, cargado de años, devolvió su alma á Dios.

Los hijos que olvidan el respeto y la veneracion que deben á sus padres no deben esperar sino el ejemplar castigo que impuso la Providencia á las ingratas princesas Gonerila y Regana; los que cumplan con el más sagrado de los deberes y reverencien y amen al autor de sus dias, y en medio del infortunio procuren aliviar

sus males y rodearle de cariñosa solicitud, confien en que les alcanzará la bendición del cielo, y que serán

dichosos toda su vida, como la piadosa y modesta Cordelia.

P. D. MONTES.

UN LIBRO MÁS.

No creais, niños míos, que voy á hablaros de uno de los muchos libros que diariamente se publican, que nada dicen al corazón, que nada contribuyen al desarrollo de la inteligencia. El libro que tengo á la vista merece los mayores elogios, y su autor, que se oculta modestamente bajo el velo del anónimo, debe ser, ó mucho me engaño, el ilustrado catedrático Sr. Fernandez Vallin, autor de apreciables trabajos científicos y literarios.

Como supongo que deseareis conocer el título de la obra, os diré que es el siguiente: *El Monitor de los niños. Enciclopedia infantil ó coleccion de todas las materias que abraza la primera enseñanza, seguida de otros muchos conocimientos útiles.*

El contenido del libro corresponde efectivamente en todo y por todo á la portada. Su autor, fundando en la cristiana fe el principio de toda sabiduría, encabeza su obra con la Doctrina é Historia sagrada, á cuyos conocimientos siguen los más necesarios para la instrucción primaria, tales como la gramática de nuestra rica lengua, aritmética, geometría, geografía, historia, urbanidad, cronología, etc. Para ampliar dignamente el trabajo, su autor expone los más necesarios conocimientos de las ciencias naturales, de la pagana mitología y literatura, y añade un resumen de las vidas de los hombres célebres españoles y extranjeros y una tabla alfabética del saber humano.

Terminada su empresa por el autor de la obra á que dedicamos estas líneas, consagra algunas á una bibliografía infantil, en que enumera los libros que en su opinion pueden completar con mayor fruto la educación de la

niñez; y en esta parte dedica al periódico Los Niños los párrafos que vamos á reproducir, no por inmodestia, sino por varias importantes consideraciones que hace el Sr. Vallin, y debieran conocer cuantos se interesan por la instrucción nacional.

Son los siguientes:

«El Gobierno de la nación, las diputaciones provinciales, los ayuntamientos, las academias científicas y literarias, los claustros y profesores de los establecimientos de instrucción pública, los cabildos de las catedrales, los grandes propietarios y capitalistas y los particulares todos que aspiren al patriótico y hermoso título de *Amigos del país y de los pobres*, prestarían un gran servicio á la cultura del pueblo y á la enseñanza en general, regalando una ó dos veces al año á las escuelas más apartadas de los grandes centros de población algunas colecciones de estos libros, á la vez que una suscripción al periódico ilustrado titulado Los Niños, que dirige y publica en Madrid el Sr. Frontaura, excelente y utilísima coleccion de artículos morales, novelas, poesías religiosas, anécdotas, cuentos, comedias infantiles, nociones científicas, biografías, retratos, lecciones de Historia de España y natural, todo en forma amena y al alcance de los niños.— En los Estados Unidos, donde se da la mayor preferencia á la instrucción de las clases menesterosas, siendo éste más que otro alguno el secreto de su gran riqueza y poderío, son muchas las personas de cierta posición social que, ó bien para solemnizar algun suceso fausto en la familia, ó bien al dictar su última voluntad, destinan una parte de su fortuna para la fundación de nuevas

escuelas, para premios anuales en las ya establecidas ó para la distribucion gratuita entre las más pobres del material de enseñanza, juntamente con millares de libros escogidos de sanas doctrinas y útiles conocimientos, que fortificando el amor á Dios, á la familia, al trabajo y á la patria, llevan la luz de la civilizacion á todas partes, produciendo un bien inmenso en la sociedad.—Tan patriótica costumbre, que nosotros hemos debido imitar hace mucho tiempo, es un poderoso elemento para la buena educacion religiosa, moral, científica, artística y literaria de la juventud. Si las personas á quienes nos dirigimos con este ruego comprenden bien el servicio extraordinario que pueden prestar al país, estamos seguros de su realizacion, mereciendo en

cambio de tan pequeño desembolso las bendiciones de miles de familias, que tal vez deban á ese donativo el bienestar de toda su vida; porque de la instruccion y educacion de los pobres dependen la dicha y las virtudes en el hogar, el mejoramiento de las costumbres públicas, el nobilísimo sentimiento de la patria, la cultura general del país, la riqueza y el engrandecimiento nacional.»

Si tan nobles deseos se vieran satisfechos, *El Monitor de los Niños* alcanzaria indudablemente la popularidad á que está llamado, y generalizados por él los conocimientos más esenciales, el pueblo encontraria en la instruccion lo que los políticos no le pueden dar.

X.

NO FIARSE DE APARIENCIAS (1).

Un niño de cara astuta,
Bellísimo sin disputa
Y por lo blanco un armiño,
Maltratar quiso á otro niño
Cuyo semblante se inmuta.

Fué el caso, que del jardin,
El ayo, con sabio fin,
Dió al más feo la manzana
Al parecer más lozana
Y al más guapo la más ruin.

Este, envidioso, porfia;
Y el ayo, que los oia,
Entregó con faz gozosa

Al guapo la más hermosa
Por la fea que tenía.

Sin despojarla de piel,
A su hambre cada uno fiel
En la suya el diente clava:
Cual hiel la hermosa amargaba,
La ruin era pura miel.

A poco, el de la pendencia
Lloró oyendo esta sentencia
Del ayo severo y frio:
*Muchas veces, hijo mio,
Nos engaña la apariencia.*

1 Del *Libro de las Sátiras*, que está en prensa.

VENTURA R. AGUILERA.

PROBLEMAS.

La idea de los problemitas ha gustado á nuestros cariñosos suscritores, y á más de uno hemos oído manifestar el deseo de que planteemos muchos.

Dispuestos á complacerles, debemos empezar esta sección dando la clave del enigma para la resolución de los problemas del número anterior. Tienen razón los niños que nos han favorecido con sus cartitas: el criado borracho había sorprendido el medio con que su señor trataba de asegurar su fidelidad, y más listo que él, consiguió beberse doce botellas de las treinta y dos de la bodega, sin que aquél se apercebiera. Notó que, colocadas como dijimos, en esta forma,

1	7	1
7		7
1	7	1

sumaban nueve por cada lado. Bebióse dos, y colocó las restantes así:

2	6	1
6		6
1	6	2

El amo vió que había nueve por cada lado y se quedó tan tranquilo, y su criado se atrevió á robarle otras dos, colocando las restantes en esta forma:

2	5	2
5		5
2	5	2

Como tampoco se notó la falta, el criado siguió consumiendo el vino de Jerez, y aún cuando pudo beberse dos, para que quedáran 26, se bebió cuatro nada ménos, colocando las 24 de esta manera:

3	3	3
3		3
3	3	3

La noche siguiente tampoco se anduvo en chiquitas, y acostumbrado á sus cuatro botellas, redujo á 20 las de la bodega, colocándolas así:

4	1	4
1		1
4	1	4

Como ven nuestros lectores, todo el misterio consiste en colocar número mayor de botellas en los rincones, para que sumando por los lados permitan la sustracción de las mismas.

Lo que no dice la historia es si el criado reventó.

La solución del segundo problema no es ménos fácil.

Si sólo puede transitar por el camino un carro, y con dificultad, pónense todos á distancia conveniente para que no ocurra contratiempo alguno; y supuesto que en mitad de la senda existe un trecho capaz de contener un carro, hágase entrar en él al que hemos representado por la letra C. Al ver la operación, los tres que marchan en dirección opuesta van á unirse á los A. y B., y de este modo el carro C. puede continuar su marcha sin tropiezo. Aho-

ra los carros E., F. y G. andan hácia detrás, hasta volver á ocupar su posición primitiva, y el carro B. puede entrar en el trecho donde ántes entró el C.: los carros E., F. y G. vuelven á avanzar hasta acercarse al A., mientras que el B., ya sin estorbo, sigue al compañero que le precedió. Vuelven á su primitiva posición los carros E., F. y G. y entra en el trecho el A. Libre entónces el camino, los carros E., F. y G. pueden seguir el suyo y el A. sigue á los que convinimos en llamar B. y C. que ya habían pasado.

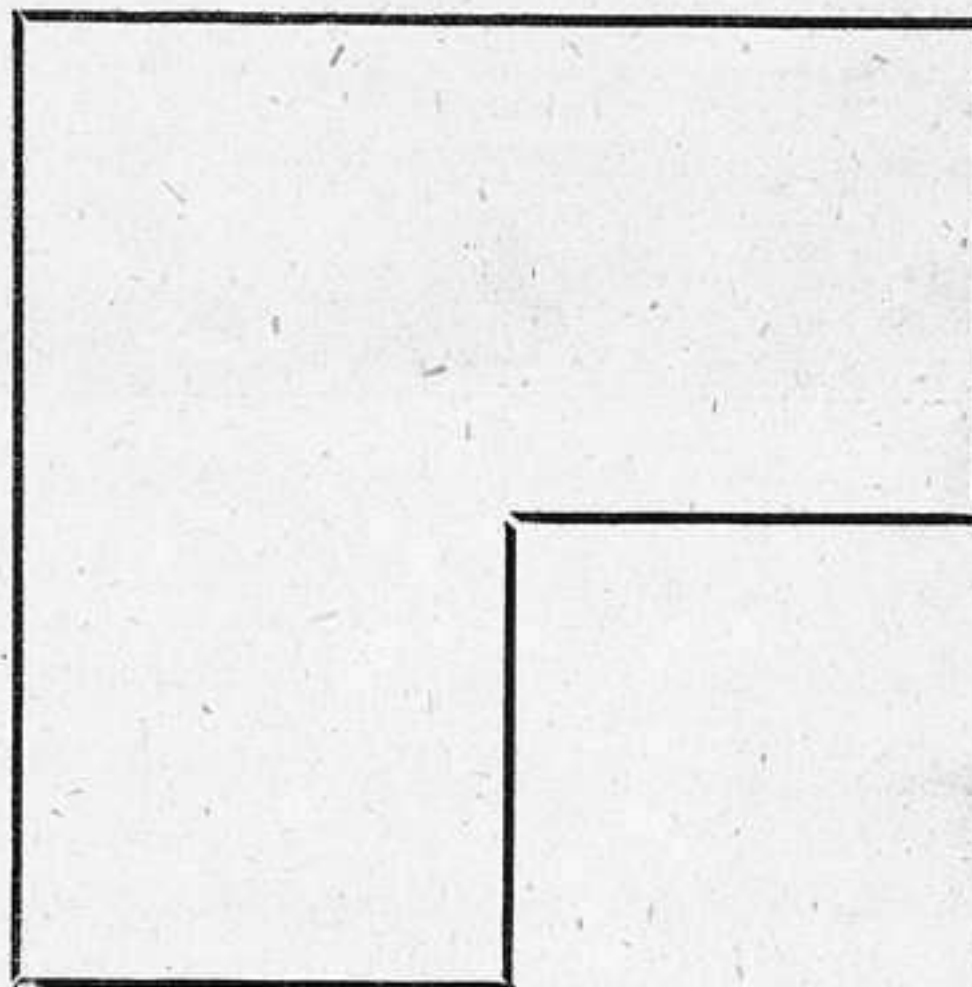
El procedimiento es algo largo, pero no hay otros.

Los suscritores que han acertado los problemas se llaman: doña Vicenta Escribano, doña Juana Sanchez y Algeciras, D. Vicente Munita, D. Felipe Zammaro, D. A. Marin y Gargollo, D. José María de Ortega Morejon, D. Ignacio Suarez, D. José Rodriguez Garayta, D. Juan Montero Sanchez, D. Francisco Ansaldo y Otálora, D. Rafael Palacios del Valle, D.^a Josefa de Llanos, D.^a Lidia Guerrero, Don Enrique Alonso, D. Santiago Diaz Benito, D.^a Carmen Aguilera, D. José García Boix, D. José de la Torre Pelegrin, D.^a Pilar García Ezquerria, D. Manuel García Ezquerria.

Una vez resueltos los problemas del número anterior, vamos á plantear otros sencillísimos.

Son los siguientes:

- 1.^o Demostrar que la mitad de 11 son 6, la mitad de 12, 7, y la mitad de 13, 8.
- 2.^o Demostrar que dos veces nada es igual á ocho.
- 3.^o Escribir la cantidad 100 con cuatro guarismos completamente iguales entre sí.
- 4.^o Cortar un papel en la forma de la siguiente figura, y despues hacerlo cuatro pedazos, completamente iguales entre sí y de forma igual al del primer recorte.



- 5.^o ¿De qué llenariamos una vasija para que cuanto más llena estuviera pesára ménos?

Repetimos que los anteriores problemitas son sencillísimos y que tal vez más adelante planteemos otros más difíciles. En el próximo número publicaremos los nombres de los niños que acierten los problemas de éste.

ESCENAS INFANTILES.



Coquetería naciente.

Tan pequeñas aún, y ya el reflejo
De sus propias facciones las ocupa,
Y horas pasan mirándose al espejo!

Á NUESTROS SUSCRITORES.—Tengan los niños un poco de paciencia; la *Agenda de los Niños* está terminándose de imprimir y pronto se repartirá.